



BOLETÍN del ATENEEO DE ZARAGOZA

Núm. 263 - Diciembre 2021

Director: Roberto García Martínez. Redactor Jefe: Dionisio García

Implicación

Esta palabra -que en este caso significa participación activa en algún asunto-, define a nuestros dos últimos presidentes, que han estado muy implicados en el Ateneo y con la sociedad en general. Este mes de diciembre organizamos un acto (el viernes 17 de diciembre en el Salón de Actos de la Agrupación Artística Aragonesa) en el que reconoceremos su labor y su dedicación al frente de este Ateneo. Esperamos que acudáis para mostrarles nuestro cariño y admiración.

Fernando Solsona Motrel ha sido siempre una persona implicada en su trabajo en la “Casa Grande”, con las personas a las que trataba, con su familia y después con el Ateneo. En esta Casa seguía trabajando por la cultura y el conocimiento desde su aragonésimo. Su implicación era máxima, escribía libros, organizaba nuevas tertulias, ciclos de conferencias, peregrinaciones civiles, todo ello para conseguir que el Ateneo tuviese vida y generar asistencia a las actividades. Lo mismo asistía como oyente a cualquiera de las tertulias, como daba una charla improvisada si fallaba alguno de los conferenciantes. Nunca faltaban en sus charlas una referencia a la Jota, El Pastor de Andorra, la parroquia del Gancho y Santiago Ramón y Cajal. Después llegaba a su casa donde le esperaba María Pilar, sus hijos y su familia a la que quería con pasión. En su labor estuvo siempre rodeado por grandes colaboradores como: José Luis Jaime, Casimiro Almazán, Mario Bartolomé, Isabel Yagüe, Pilar Aranda y Manolita Bosqué. Cada uno en su área, contribuyeron a la mejora del Ateneo. Queda claro que durante los años que ha estado Fernando al frente del Ateneo,

ha tenido una implicación difícilmente superable.

Gonzalo Martínez Gracia es otro ejemplo de implicación, en su trabajo, con su familia, en el Ateneo y en la Asociación de Vecinos de Casablanca. Nos ha relatado sus años en la base Hispano-Americana, en su negocio de cerámica y en su bodega. Toda esa experiencia laboral y su formación académica le ha permitido, al terminar su vida laboral, tomar nuevas responsabilidades, siendo elegido presidente de la Asociación de Vecinos del barrio de Casablanca, donde no ha parado de



trabajar por el bien común de todos sus vecinos. Dicha presidencia la ha simultaneado con su labor en el Ateneo como vicepresidente y luego como presidente, y a la vez con sus charlas sobre economía e historia y su capacidad para atraer a sus amigos hacia el Ateneo. Gonzalo tiene grandísimos amigos en todos los lugares por donde pasa, por ello, y por su implicación, lo convencimos para que fuese presidente de este Ateneo. Se hizo cargo del Ateneo con una situación muy complicada, pero a la vez con una directiva entregada a él y consiguió reconducir la situación hasta hacernos llegar a una posición de estabilidad. Gonzalo ha contado con buenos colaboradores y ha sabido darles confianza para asumir cada uno su parcela de trabajo. Grandísima labor la que ha realizado en los últimos años para reflotar el Ateneo.

Estos dos presidentes, siendo diferentes en su hacer y su actuar, representan un ejemplo para los jóvenes por su capacidad para asumir responsabilidades en entidades que los necesitan y superar con creces la obligación del cargo con una “implicación” fuera de lo normal.

La doctora Valcarreres, cum laude

La Tertulia “Martincho” reanudó sus actividades el 19 de octubre. Tuvimos el honor de contar con María Pilar Val-Carreres Rivera y con su padre, el doctor Carlos Val-Carreres Guinda. Ambos vinieron por amor al arte, sin pedir nada a cambio. Actitud que agradecemos de corazón. María Pilar es médica y científica de fuste. Tiene sello quirúrgico de catedrática. Su expediente académico es impresionante. Su desenvoltura y su prosodia hacen de ella una superdotada. Durante la carrera tuvo como compañera favorita a la también muy brillante Isabel Solsona Martínez, hija de nuestro recordado Presidente hasta época reciente. La doctora Martínez Comín, madre de Isabel, recuerda a María Pilar Val-Carreres como “una niña muy aplicada y muy inteligente”. La conferencia fue magnífica, con una espectacular iconografía y una relación de casuística que justifica el hecho de que multitud de toreros han venido y vienen a ser tratados por la dinastía Val-Carreres. Luis, hijo mayor de María Pilar, estudiante de Medicina, va a ser el protagonista del a 5ª generación de quirúrgicos que tanto prestigio ha dado y dan a Zaragoza.

Porque a la enfermería de La Misericordia llegan, no solamente toreros, sino recortadores, espectadores con diferentes patologías y aficionados a las vaquillas que saltan al ruedo y son cogidos, a veces de gravedad.

Entre los muchos diestros tratados, la conferenciante citó la gravísima cornada, hace 2 años, de Mariano de la Viña. Yo la vi, desde mi localidad del tendido 7. El toro embistió con la saña y fiereza propias de una bestia salvaje. La copiosísima hemorragia bañaba por completo la taleguilla. Enrique



Ponce, llorando, tomó el capote, mientras en la contrabarrera un aficionado, gritaba: “Lo ha matado, el toro lo ha matado”. Llegó a la enfermería moribundo. Le colocaron una goma de Smarch y el equipo quirúrgico comenzó su labor. A vida o muerte. Egregio trabajo.

Recuperado, el banderillero albaceteño asevera: “Si me ocurre en otra plaza, sin la experiencia y la sabiduría de los Val-Carreres, mi muerte hubiera sido inevitable. Les debo la vida”.

María Pilar tiene plaza, por oposición, en el Servicio de Cirugía del Hospital Lozano Blesa. Con su Tesis Doctoral, “Las heridas por asta de toro en el contexto de la Cirugía General”, obtuvo la calificación de “Sobresaliente cum laude” por unanimidad. Desde 1976 hasta el 2014 -escribe Carlos Val-Carreres- hemos recopilado 4.112 casos asistidos de lesiones por asta de toro, que abarcan desde la más nimia contusión, o mejor, varetazo, a la más catastrófica de las heridas”. Académicamente habitual en Val-Carreres Rivera es lo de sobresalir. Sobresale a manos llenas, tanto en Medicina como en Derecho. Gracias y enhorabuena.

Inteligencia artificial y autoría humana

Un buen amigo melómano me lo espetó a bocajarro: “¿ya has oído la Décima Sinfonía de Beethoven?”; cualquier buen amante de la música de nuestro germánico compositor conocerá que el señor Ludwig compuso, amén de muchísimas otras obras, tan solo nueve Sinfonías, y que lamentablemente nos dejó allá por 1827, dejando inacabada la décima. Entonces, ¿cómo era posible, que mi buen amigo me dijera semejante barbaridad? Ya iba a reconvenirle por su error, cuando, supongo que viendo mi rostro, me dijo “No, no te extrañe; la inteligencia artificial tiene la culpa”.



El concepto, Inteligencia Artificial, fue acuñado por John McCarthy, hace nada más y nada menos que 65 años, y en román paladino significa que las máquinas presenten las mismas capacidades que el ser humano; esto es, que la máquina no solo ejecute órdenes, sino que directamente “piense” y desarrolle estrategias de actuación autónomas respecto a los humanos, incluso basadas en algoritmos “aprendidos”, como en el ejemplo propuesto, de la obra sinfónica del compositor alemán, llegando a componer nuevas sinfonías.

¿Ustedes se imaginan? –ya se lo decía el Doctor Cornelius (macho chimpancé) al protagonista del planeta de los simios- “*Créame, llegará un día que aventajaremos a los hombres en todas las materias. No hemos tomado su sucesión por causa de un simple accidente, como podría usted suponer. Este acontecimiento estaba escrito en las líneas normales de la evolución. El hombre racional había cumplido ya su tiempo y tenía que sucederle un ser superior, que conservaría los resultados esenciales de sus conquistas y las asimilaría durante un período de aparente estancamiento antes de emprender un nuevo vuelo*” en este caso, ni siquiera nos estaríamos refiriendo a simios sino a unos seres inertes, carentes de sentimientos y raciocinio.

Pero más allá del riesgo de que inevitablemente terminemos en una sociedad distópica, la finalidad de la presente digresión, es considerar, si también se pueden o no atribuir derechos a los resultados de la producción de dicha inteligencia, a esa mera

máquina. ¿Podemos hablar de un trabajo colaborativo entre humanos y máquinas? ¿Puede desgajarse el resultado de la producción de esta inteligencia artificial del humano que la programó?. E imaginemos que finalmente la máquina opera de modo autónomo y produce unos resultados imprevistos. ¿cómo articulamos este galimatías?, ¿dónde se encuentran los motivos por los que el ser humano realizó determinada obra o composición, y que se encuentran ausentes en las frías máquinas?.

En suma, lo mollar del asunto es ser conscientes de que, como humildes humanos, podemos no atesorar ni el talento ni las facultades ni los algoritmos de la inteligencia artificial, pero tenemos algo que no nos pueden arrebatar: el alma, y ese algo se convierte en dovela del arco sustentador de nuestra existencia. El ser humano siente, y al sentir, expresa; y ello porque tiene alma. Alma, que al menos de momento, y quiéralo así Dios, la inteligencia artificial no tiene.

Cuando un ser humano realiza una obra (una composición musical, una pintura, un escrito) pone de manifiesto no solo sus capacidades y talentos, sino también sus imperfecciones, amalgama que es la que se exterioriza en la obra. Éste es el quid de la cuestión, los humanos somos inteligentes pero también tenemos defectos, no somos perfectos. Tomamos decisiones erróneas, incluso lesivas para nuestros intereses, pero precisamente por ello son humanas, están dotadas de alma, y ese sople “divino” es el que se manifiesta en nuestro actuar.

Tal vez eso sea lo que nos asusta de las máquinas: que ellas, algún día, alcancen la perfección, y entonces no sean capaces de emular nuestros defectos e imperfecciones, y nos consideren un material desechable.

En esta tesitura, y vistas las orejas al lobo, las normativas existentes, van en el sentido de considerar como inaceptables aquellos sistemas de inteligencia artificial que supongan una “amenaza para la seguridad, los medios de vida y los derechos de las personas”; pero esa es otra historia.

Como dijo Isaac Asimov “*La inteligencia es un accidente de la evolución, y no necesariamente una ventaja*”.

Noticias

- ❖ El pasado día 2 de noviembre, en la Sala Mozart del auditorio de Zaragoza y, con motivo del homenaje a los médicos fallecidos durante la pandemia del Covid-19 en Aragón, se celebró un concierto que estuvo amenizado por la “Orquesta y Coro Carmina Medices” del Colegio de Médicos de Zaragoza. En representación del Ateneo de Zaragoza estuvimos: Pilar Aranda, Pedro Carrizo, José Antonio Gascón y el que suscribe. Destacable y emotiva fue la entrega de una medalla a la viuda del Dr. San Martín (primer médico fallecido en Aragón por el Covid-19 en el Centro de Salud de San Pablo), en representación de todos los médicos fallecidos por la pandemia. El Ateneo de Zaragoza se une al dolor por todos los que ya no están y estuvieron en primera línea dando su vida por los demás. **José Luis Jaime**



- ❖  **Javier García Tirado** ha sido elegido nuevo Presidente del Colegio de Médicos de Zaragoza. Nacido en Linares en 1965, es jefe de servicio de Cirugía Torácica en la “Casa Grande” y en el Hospital Clínico Universitario; queremos darle la enhorabuena desde este Boletín tanto a él por su toma del cargo como a Concha Ferrer por su labor durante estos últimos años. **D. G.**

- ❖ **Miguel Ángel Ruiz Conde**, jefe de Ginecología de la “Casa Grande”, falleció este mes de noviembre, a los 62 años. Nacido en Castejón de Valdejasa, y formado en la Universidad de Zaragoza y en el Hospital Miguel Servet, donde ha desarrollado la mayor parte de su vida profesional. Nuestro más sincero pésame a la familia y a todos sus compañeros sanitarios por una pérdida tan sensible. **D. G.**



- ❖  **Domingo Buesa**, ateneísta, Catedrático de Historia y Presidente de la “Real Academia de Bellas Artes de San Luis” presentó el jueves 25 de noviembre, en el Patio de La Infanta, su nuevo libro titulado: “**El retrato de la madre de Goya**”, una novela histórica que estamos seguros de que despertará el interés de los lectores. **D. G.**

S. E. LOTERÍAS Y APUESTAS DEL ESTADO

81665

LOTERÍA NACIONAL DE NAVIDAD

22 de diciembre de 2021

EL PRESIDENTE.

PRECIO 20 EUROS

ROM-FMNT

■ 5000010000>000000000 ■

La Virgen de la granada. Fra Angélico. Museo Nacional del Prado. Madrid.

**LOTERÍA DE
NAVIDAD
ATENEIO DE ZARAGOZA**

El Libro del Mes

POETAS ROMÁNTICOS INGLESES. Introducción de José María Valverde. Traducciones de José María Valeverde y de Leopoldo Panero. Planeta. 2018, Barcelona.

La poesía inglesa del s. XIX es cadenciosa y sutil sin desbordamientos. Según Valverde, su raíz se podría alargar hasta las “**Cartas sobre el entusiasmo**” de lord Shaftesbury de 1707, donde la sublimidad y la “simpatía universal” son una norma asumida por la mayoría de los escritores británicos. El romanticismo inglés, siguiendo a Addison, tendería a no desprenderse de lo Justo, a no ocultar la Naturaleza de las cosas. Johnson ya había proclamado que *el poeta no debería tender al individuo sino a la especie, a las propiedades generales buscando las apariencias en grande*. Lo que nos sobrepasa nos flagela para volver al individuo. Estas son las tesis de Valverde que yo no acabo de encontrar aplicables ni en Byron ni en el ya tardío T. Carlyle. El componente del Latín y del Griego, para Valverde, le habrían dado a esta poesía un ritmo bien trabado pero “menos exactitud en las palabras” respecto a la autoridad del uso habitual del pueblo. Conservando la cualidad de la prosa, la poesía, según Wordsworth, sería más fiel a sus pretensiones. La diferencia entre buena prosa y poesía sería pequeña.

W. Wordsworth, en sus “**Baladas Líricas**” de 1798, asume el tiempo pasado como conciencia de las diferencias en la apreciación de lo sentido en su origen, que cobra un nuevo sentido; según Valverde, como “poesía de la poesía” en sentido heideggeriano; el paisaje es parte de la vida y su significado puede ser trascendencia religiosa. Pero la obra poética no es un efluvio a lo Novalis, es siempre más consciente que inspirada; produce un sosiego racional; no es la emoción que se nos escapa de las manos, aunque genere una nueva emoción siempre lo hará, en una buena poesía, hacia un atisbo intelectual como valor universal en sentido casi kantiano; la poesía rescataría verdades ocultas por la rutina insensible.

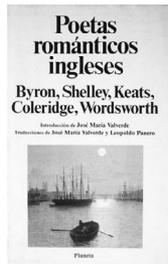
El gran Coleridge viajó a Alemania para estudiar Filosofía, volvió a Inglaterra empapado en el pensa-

miento romántico germano. Diferenció la “imaginación” de la “fantasía” que tendría más que ver con el juego y el decurso de la memoria; nos encontraríamos,

por el contrario, con una imaginación primaria, más valiosa, donde el Yo y el Mundo son sentidos en concurso con lo divino pero ese soplo es tan etéreo que no constituye todavía cultura, que únicamente cristalizará gracias a una imaginación secundaria que reelabora los sentimientos, conceptualizándolos y convirtiéndolos en proceso artístico. Coleridge fue hiperemotivo y adicto al láudano, opio líquido; un médico medió en su vida y, gracias a él, pudo redactar su obra teórica “**Biografía literaria**” (1817),

después de abandonar la poesía. Coleridge defendió la tesis de la imposibilidad de traducir la poesía ya que tanto el ritmo como el proceso deliberativo en la elección de las palabras, no podían recoger el sentido y el significado primigenio propio de la reflexión y del mensaje poético del creador.

Shelley tendría un claro influjo neoplatónico en su obra “**Defensa de la poesía**” de 1821. El alma del hombre es cumbre de la realidad, pero luz pasajera, “*el sueño de una esfera de beatitud*” (p. XXIII). Prometeo frente a Júpiter, lucha perpetua; el hombre anhela ser libre del despotismo por ello “*no me vería aquí colgado, así clavado al muro de este monte que hace impotente al águila*” (p. 315). Desalojada la presencia de la belleza intelectual surge “*Alma de la Belleza, que consagras así con tus olores todo aquello en que reluces de forma o pensamiento humano, ¿Adónde has ido? ¿Por qué desapareces y dejas nuestro ser, este valle de lágrimas, borroso y desolado?*” (p. 308). Shelley reposa con sus restos en Roma junto con Keats que escribió “*la melodía oída es dulce, pero más dulces son las no oídas; sonad pues, suaves flautas, no al oído sensual, sino, más apreciadas, tocad para el espíritu melodías sin tonos*” (p. 437)



El milagro de Alexis

Cronología de una conversión †

Marie Joseph Auguste Carrel-Billiard nació en Sainte-Foy-lès-Lyon (Francia), el sábado 28 de junio de 1873 y falleció en París, el domingo 5 de noviembre de 1944.

Estudió en la escuela jesuita de San José en Lyon en cuya Universidad se graduó de bachiller en letras en 1889 y en el de ciencias en 1890, doctorándose en 1900. Trabajó en el Hospital de la ciudad mientras estudiaba anatomía y cirugía operatoria. Ocupó el puesto de prosector¹ en la cátedra del prestigioso profesor Testut (1900-1902) decantándose hacia la cirugía.

Supo de la existencia de este personaje por el Dr. Eduardo Adsuara Sevillano (8 marzo 1928-8 diciembre 2000), licenciado en Medicina en 1952, cuya tesis, que dirigió el Profesor Pedro Laín Entralgo, versó sobre este médico lionés. Me confesó que Carrel tenía "aura".

Ya ejerciendo la profesión de médico y cirujano dió muestras de sus habilidades. Para aprender a suturar los extremos de los vasos sanguíneos acudió a la mejor modista parisina; así que creó un nuevo método de sutura vascular llamado de "triangulación". Supuso un paso de gigante para el futuro de los trasplantes de órganos; Utilizaba suturas muy finas de sedas de Alsacia. Su intervención fue decisiva para salvar la vida del presidente de la república Francisco María Sadi Carnot (1837-1894), herido por el anarquista italiano Sante Geronimo Caserio (1873-1894).

Era agnóstico convencido, que no daba crédito a los milagros y quiso analizar científicamente "in situ" las pretendidas curaciones de Lourdes, ganándose con ello la enemistad tanto del clero francés como de los miembros de la Facultad de Medicina de Lyon. Educado en una escuela laica, había perdido por completo la fe y estaba desconcertado. Él mismo escribió unos hechos de los que fue testigo, empleando en su narración el seudónimo de Lerrac, su mismo nombre leído al revés, para evitarse la andanada de ataques de sus colegas, de la iglesia francesa y de la prensa masónica.

Fue elegido médico de las peregrinaciones de enfermos a Lourdes. Pasada la primera noche de camino, encontró Alexis en el tren al Abate Olivier, subdirector de la peregrinación, quien le dijo: "Va ahí una joven a quien me han recomendado cuidar especialmente, le agradecería a usted mucho que se encargara de ella pues está muy débil" .. Su nombre era María Ferrand y su estado físico era muy preocupante. El Dr. Carrel encontró a esta joven yaciendo sobre un colchón con su rostro enjuto, pálido y ceniciento,

y era indudable que estaba moribunda, y sus labios sin color. Cuando la auscultó, dijo Carrel al Abate Olivier: "No da muchas esperanzas el estado de su enferma". María, casi inconsciente, y suspirando angustiosamente, exclamaba "¡No llegaré a Lourdes!" El doctor diagnosticó un caso *típico* de peritonitis tuberculosa.

La llegada a Lourdes se produjo a eso de las dos de la tarde, y el tren lentamente iba llegando a su destino. Una voz empezó a entonar el himno sagrado: "*Ave Maris Stella, Dei Mater alma At que semper Virgo, Felix caeli porta...*" (que se ha atribuido a autores diversos; entre ellos, a y).

Durante esta experiencia, Carrel va encontrándose con colegas y desconocidos, como el Dr. Antonin Duval, que le dijo que en la gruta presencié un milagro: el de una monja anciana que a consecuencia de una torcedura incurable que sufrió quedó curada y arrojó las muletas. Pero Carrel, muy obstinado, niega la intervención de Dios en las curaciones extraordinarias como la de la Hermana Luisa. Nuestro joven médico cree que es por "autosugestión" que actúa en personalidades neuroasténicas e histéricas con parálisis nerviosas o lesiones traumáticas. Llegaron a la gruta de Lourdes y Carrel se topó con un sacerdote, que arrodillado frente a la fila de los enfermos, exclamaba con emoción: "Virgen Santísima, cura a nuestros enfermos", etc. "Jesús te adoramos, Jesús te bendecimos:", etc. Carrel sintió el impacto de las voces al unísono. A la orilla del arroyo observó al Doctor Gouyot que dijo que la enferma estaba a punto de morir. Pero a las 2:40 María Ferrand empezó a dar muestras de alivio: las duras sombras de la cara le habían desaparecido, la piel aparecía menos cenicienta. Esto ocurría cuando faltaban 20 minutos para las 3. Carrel permaneció callado. Para él estaba claro que se había presentado una mejoría notable y no le quitaba un momento los ojos de encima la enferma. Esos ojos, antes tan apagados, ahora se abrían estáticos mirando hacia la gruta. Súbitamente Carrel se puso pálido. La frazada que le cubría el distendido cuerpo a María iba aplanándose lentamente. A las 3 de la tarde, María Ferrand estaba curada. Cuando la campana de la basílica daba las 3, ya no se notaba nada de distensión en el abdomen. Carrel se creía a punto de volverse loco. Ya no quedaba duda alguna, el estado de María Ferrand había mejorado tanto que casi era irreconocible.

Carrel permanecía de pie, silencioso, profundamente desconcertado, incapaz de analizar lo que presenciaba. Este suceso, justamente lo contrario de lo que había esperado, no podía ser otra cosa que un sueño. La señorita

que atendía a María Ferrand, le ofreció una taza de leche que ella apuró totalmente. A los pocos minutos levantó la cabeza, volvió a mirar a su alrededor, movió un poco las piernas y en seguida se volvió sobre un lado sin dar muestras del menor dolor. Carrel se separó bruscamente. Se alejó de la gruta abriéndose paso en medio de la multitud de peregrinos cuyas oraciones en coro apenas oía. Eran ya las 4 de la tarde. Carrel regresó a su hotel decidido a abstenerse de sacar ninguna conclusión, hasta que pudiera descubrir con toda exactitud qué era lo que había sucedido.

A las 7.30 expectante y ardiendo de curiosidad, Carrel se dirigió al hospital acercándose con diligencia al lado de la cama de la joven. Con gran asombro se quedó contemplándola. La transformación era desconcertante. María Ferrand estaba sentada en la cama con una chaqueta blanca. Aún cuando todavía tenía demacrada la cara, asomaba en ella un destello de vida, los ojos le brillaban y un débil color le apuntaba en las mejillas. Dirigiéndose a Carrel le dijo: “Doctor, estoy completamente curada, me siento muy débil, pero creo que podría caminar”. Carrel le tomó la mano para observar el pulso que ahora era calmado y regular. También la respiración era completamente normal.

Una gran confusión invadía el ánimo del médico. ¿Era esa una curación aparente, resultado de un violento estímulo de autosugestión?, ¿O se trataba de un hecho nuevo, un suceso pasmoso, un milagro en fin? Por un momento vaciló antes de someter a María Ferrand a la prueba suprema de examinarle el abdomen; pero después, tras la lucha de la esperanza con el temor, hizo a un lado la frazada. La piel aparecía lisa y blanca. Sobre las angostas caderas se extendía el pequeño abdomen ligeramente cóncavo de una niña desnutrida. Suavemente nuestro galeno recorrió con las manos la pared abdominal para palpar huellas de la distensión y de las masas duras que había encontrado antes. Todo había desaparecido como en un sueño. El sudor inundó la frente de Carrel. Sintió como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. El corazón empezó a palparle violentamente, pero se sostuvo con voluntad férrea en su determinación inicial. Los Doctores Journet y Gouyot, testifican la curación de María Ferrand. De repente, Alexis notó que estaban de pie a su lado los Doctores Journet y Gouyot. “*Parece estar curada, les dijo, no encuentro nada anormal, sírvanse ustedes examinarle*”. Mientras los dos colegas palpaban cuidadosamente el abdomen de María Ferrand, Carrel permanecía a un lado mirándolos con ojos brillantes. No cabía duda que la muchacha estaba curada. Era ese un milagro de aquellos que sobrecogían al público como una tempestad y lo lanzaban en hordas sobre Lourdes. Otra vez pensó Carrel cuán afortunado era porque entre todos los pacientes que acudían a Lourdes aquel día, fue la enferma que él había conocido y

analizado cuidadosamente la que vio curar. María Ferrand fue de nuevo auscultada, palpada, sobada y resobada y estaba radiante. “*Está curada, afirmó el Doctor Journet profundamente conmovido: no le encuentro nada anormal, no tiene explicación esta curación*”.

Después de examinar otros pocos pacientes más, Carrel salió a la calle. Los moribundos se curaban en pocas horas. Estas peregrinaciones tenían de suyo un poder que producía resultados; sobre todo, enseñaban humildad. Llegó a la gruta en la que permaneció largo rato sentado, contemplando los cirios que, llameando en la obscuridad, lanzaban en su contorno un resplandor rojo. Miraba fijamente la estatua de la Virgen, la fila de espitas de cobre de donde salía el agua milagrosa. La mayoría de los médicos se mostraban tan celosos de su prestigio que, aún cuando hubieran venido a Lourdes y visto lo que ahí pasa, no se atrevían a admitirlo temiendo que, si mostraban algún interés, se les tuviera por fanáticos cuando no por tonos.

Pero Alexis pensaba que existieran leyes naturales todavía desconocidas para el hombre que nos explicaran los fenómenos tan extraordinarios como son los milagros de Lourdes. Seguía el conflicto en el alma de Carrel. Como él no conocía las pruebas de la existencia de Dios, dudaba de ella, pero se imponía a su razón que de ninguna manera podría negarla. Se maravillaba de pensar cómo los grandes hombres como Pasteur habían podido reconciliar su fe en la Religión con la Ciencia. Ya dentro de la Iglesia, se sentó en una silla escuchando los himnos y sin darse cuenta empezó a rezar: “*Señor, creo en Ti. Respondiste a mi súplica con un milagro resplandeciente. Todavía estoy ciego frente a él, todavía dudo. Pero el gran deseo de mi vida es creer, creer apasionadamente... Bajo la honda prevención de mi orgullo intelectual persiste un oculto anhelo. ¡Ay! Todavía no es más que un sueño, pero el más encantador de todos. Es el sueño de creer en ti y el de amarte con el espíritu resplandeciente de los hombres de Dios*”. Lentamente regresó a su cuarto del hotel y se puso a escribir las observaciones de ese día. Dieron las 3 de la mañana. La pálida luz de oriente empezó a rasgar el velo de la noche. Carrel sintió que la serenidad de la naturaleza le invadía dulcemente y le calmaba el alma. Se desvanecieron todas sus preocupaciones de la vida diaria, todas sus dudas intelectuales. Creyó tener ya una certidumbre y le pareció sentir la paz maravillosa que proporcionaba y que desterró hasta la última amenaza de impertinentes dudas. En la inefable belleza del amanecer, el sueño le cerró los ojos.

Alexis Carrel fue un científico de reconocimiento universal, galardonado con el Premio Nobel de Medicina en 1912 y un ferviente católico digno de admiración.

† A Don Fernando Solsona Motrel “*in memoriam*”



Actividades

Diciembre 2021

**Día 9, jueves. Tertulia José Oto de Jota
Certamen Oficial de Jota de 2021
Evaristo Solsona**

Cámara de Comercio Biblioteca **19:00 horas**



**Día 17, viernes. Conferencia
Los Ateneos de Zaragoza y la impronta de sus juntas directivas.
Francisca Soria.**

Salón de Actos Agrupación Artística Aragonesa **19:00 horas**

Entrega de reconocimientos a don Fernando Solsona Motrel y don Gonzalo Martínez Gracia.

Después de la conferencia disfrutaremos de un vino español para celebrar las fiestas navideñas.



**El presidente y la junta
directiva del Ateneo
de Zaragoza felicitan a todos
los socios y les desean
un venturoso año 2022**



Cámara
Zaragoza



Los actos se celebrarán en Sede del Ateneo, Paseo Isabel la Católica, 2. Cámara de Comercio (antigua Feria de Muestras). **Horario de Secretaría: lunes a viernes, 12-14 h; ateneozg@hotmail.com; www.ateneodezaragoza.com. Tel. 976 29 82 02.**